

**DISCURSO DE ACEPTACIÓN COMO DOCTOR HONORIS CAUSA POR LA UNIVERSIDAD DE
BURGOS DE D. JOAN MANUEL SERRAT I TERESA**

Burgos, 13 de junio de 2024

Sr. Rector de la Universidad de Burgos,
Claustro de profesores,
Dignísimas autoridades,
Amigas y amigos,

Buenos días y muchas gracias por su presencia en este acto. En primer lugar, como corresponde, quiero agradecer a esta casa de estudios el honor que me hace al distinguirme como doctor *honoris causa* de esta Universidad. Me siento sumamente orgulloso y feliz.

He dedicado gran parte de mi vida a escribir canciones y a cantar. De otros aprendí este oficio, de otros, que antes lo aprendieron de otros y, me estimula pensar que tal vez con mi trabajo he podido aportar algo que ayude al aprendizaje de los que siguen.

Me siento parte de una cadena y entiendo que al concederme esta distinción no solo están reconociendo ustedes los méritos de una persona, sino también los de un colectivo de mujeres y de hombres que, con su obra, dignifican poética y musicalmente la canción y para quienes el valor de la música y la fuerza de la palabra son fundamentales. Con todas ellas y ellos comparto este reconocimiento.

Canto por el gusto de cantar. Me siento un hombre privilegiado que ha podido dedicar su vida a lo que le gusta y al que, además, le pagan por hacerlo.

Bendigo este oficio que me ha llevado a caminar el mundo y conocer gentes de todo tipo y condición, a veces, en lugares muy distantes de los que me vieron crecer. Gentes que hablan lenguas diferentes, que tienen otras costumbres y otras maneras distintas de ver y de mirar la vida.

Tal vez, por eso mi sentimiento de pertenencia a una tribu, mi concepto de patria, más que concretarse en una imagen sublimada de un territorio, se ha ido consolidando y enriqueciendo en el descubrimiento.

Para muchos la patria es un lugar, para otros la patria es el idioma. Para algunos, es la niñez y, para otros, simplemente la billetera. Yo reconozco mi patria en los caminos. Como reza el lema de esta Universidad: “*In itinere veritas*”. En el camino está la verdad.

Decía mi madre que su patria estaba allí donde comían sus hijos. Eso mismo deben pensar miles de madres que a lo largo y ancho del planeta caminan con sus hijos a cuestas dejando atrás la tierra que los vio nacer, buscando un lugar en el que sus hijos crezcan y aprendan a convivir en paz en una nueva patria común.

Viéndolos atascados en los barrizales, en el descansillo de una Europa mezquina, vieja y desalmada, atorados a la orilla de un Mediterráneo que otrora fue cuna del pensamiento y puente de culturas, no puedo dejar de preguntarme; ¿Dónde quedará la patria de esta gente...?

Ellos solo caminan. Caminan donde los llevan sus zapatos, empujados por la guerra, la pobreza o el impacto climático que convirtió sus hogares en un lugar inhabitable.

El cambio climático provoca ya más desplazamientos que las guerras. Es una realidad que afecta a todas las regiones del mundo y, a mi entender, el problema capital que enfrenta la humanidad.

La Tierra se ha calentado y enfriado en otras ocasiones de forma natural. Es cierto que siempre hubo inundaciones, incendios y catástrofes pero esos ciclos fueron mucho más lentos. Hicieron falta millones de años. Ahora, en cambio, y como consecuencia de la actividad humana, estamos alcanzando en apenas doscientos años niveles que, en otras épocas, trajeron consigo extinciones.

No se atienden como es debido las voces que, desde hace tiempo, avisan del peligro que comporta la excesiva dependencia de esta sociedad con los combustibles fósiles. Nos lo advierten los ríos, los mares y el aire que respiramos, más y más contaminados cada día. Sin embargo, el hombre persiste en abusar de las riquezas del planeta como si de un pozo sin fondo se tratara, sin tomar conciencia de la gravedad del problema y sin priorizar la gestión de un modelo de sociedad sostenible para que nuestra descendencia no herede un planeta enfermo.

No soy un científico, pero pongo atención a las palabras de los que saben. Solo soy uno que canta y escribe canciones mirando a su alrededor, con los sentidos alerta y escuchando las voces de la calle y también sus ecos.

Mis canciones son el resultado de lo que siento, pero también de lo que me cuentan los demás. Ellas son lo que soy, pero también lo que quisiera ser. Son mi realidad, pero también mi fantasía.

Más que el fruto de momentos inspirados, ellas son el resultado del esfuerzo, amasando palabras y músicas, tejiendo y deshaciendo mimbres y si las musas, siempre escurridizas y engañosas, acuden a darme una mano, se lo agradezco en lo que vale, pero sin confiar nunca en su voluble lealtad.

Las canciones viven en la memoria de la gente. Algunas, personales e intransferibles, nos persiguen a lo largo de nuestra vida hilvanadas en la entretela del alma. Otras, aglutinan sentimientos comunes y llegan a convertirse en himnos.

Las canciones han acompañado a los hombres en sus quehaceres cotidianos: labrando la tierra, picando la piedra o amansando el hierro. Han cantado sus gestas y han sido el argumento de sus amores.

Con canciones despedimos a nuestros muertos y con canciones dormimos a nuestros hijos. Les puedo asegurar que en alguna de ellas hay hallazgos tan definitivos como el teorema de Pitágoras o la aspirina.

Por cierto que el propio Pitágoras, hace más de 2.500 años, ya recomendaba cantar y tocar un instrumento musical cada día para eliminar del organismo el miedo, las preocupaciones y la ira.

Con canciones me expreso y me comunico con los demás. Lo hago en castellano y en catalán. Soy bilingüe por mi origen y por decisión propia.

Soy hijo de padre catalán y madre aragonesa. Escribir y cantar en catalán y en castellano son maneras naturales de expresarme que coexisten en mí y se enriquecen mutuamente. Soy, como todos ustedes, fruto del tiempo y del mundo que me ha tocado vivir. Creo en la democracia, en la tolerancia y el respeto al derecho ajeno.

La democracia es el medio natural para la protección y la realización efectiva de los derechos humanos y sus principios solo lo son si van de la mano de los de la justicia.

Ha sido extraordinario el crecimiento tecnológico y científico que hemos experimentado en los últimos años, pero también ha sido muy grande la pérdida de valores morales de esta sociedad que, más allá de altibajos económicos, atraviesa una crisis de modelo de vida y una falta de referentes, donde se ha perdido la confianza en el sistema, en sus representantes y en las instituciones.

La historia nos enseña que en situaciones de crisis graves reaparecen las tendencias a formas autoritarias. Los tiranos se alimentan de la desilusión y cuando se las desatiende, las democracias pueden morir de intrascendencia y los pueblos llegan a entregar las llaves de su propia celda a sus carceleros.

Es preciso recuperar los valores democráticos y morales avasallados por la avidez del mercado, donde todo tiene un precio, donde todo se compra y todo se vende.

Para ello, más que nunca, nos necesitamos los unos a los otros. Todos tenemos que sentirnos importantes porque todos somos importantes.

Frente a la desinformación, la mentira y la ignorancia, conviene defender la importancia de la cultura y del conocimiento. El conocimiento, como pilar fundamental que nos sustenta y nos caracteriza como especie. Sólo con el conocimiento progresamos individual y colectivamente.

El conocimiento nos ayuda a saber quiénes somos y a entender más y mejor el entorno del que formamos parte y del que dependemos. El conocimiento es bueno para vivir en paz, para aprender a ser libres y para crecer sin miedos. El conocimiento profundiza la vida democrática.

Y por favor, aunque pinten bastos, no dejen nunca de cantar. Canten, que "*Quien canta su mal espanta*". Canten, que cantando se conjuran los demonios y compartes lo que amas.

Solo me queda agradecer a los amigos, que hoy me acompañan, su presencia, recordar a los que ya no están, pero que nunca me abandonan, y, felicitar a todos aquellos que, desde los cuatro puntos cardinales, se felicitan conmigo.

Muchas gracias.